



XXII

LOS DE ARRIBA Y LOS DE ABAJO

EL Sardinero, en cuyas soledades se alzó en breves días un edificio, uno solo, destinado á fonda y hospedería, había vuelto á quedarse desierto y abandonado de todos, por obra de un lamentable suceso (1) ocurrido en sus playas. Pasaban veranos, y solamente algún entoldado carro del país, que servía de vehículo y de tienda de campaña á tal cual necesitado de los tónicos vapuleos de las olas, se veía por allí de tarde en cuando; los bailes campestres, tan afamados después acá, andaban á la sazón á salto de romería, y ni siquiera cuajaban en todas ellas; comenzaba á no ser de *mal tono* entre las familias pudientes lo que en las mismas ha llegado á vicio de veranear en la aldea; un viaje á Madrid era empresa de tres días, y se contaban por

(1) La muerte del brigadier Buenaga, en un día de mucha resaca.

los dedos los santanderinos que conocían de vista la capital de Francia; nos visitaban durante media semana los distinguidos herpéticos de Ontaneda, ó lo menos vulgar entre los reumáticos de las Caldas ó de Viesgo, al fin de sus temporadas, amén de unas cuantas familias «del interior» que por inexcusable necesidad venían á remojar sus lamparones en las playas de San Martín; y por lo tocante á la gente menuda, que no tenía vapores al Astillero, ni trenes á Bóo, ni tranvías urbanos, ni sociedades de baile por lo fino, ni otras recreaciones que tanto abundan ahora; ni estaban absorbidos los pensamientos de los unos por los arduos problemas sociales, ni se desvelaban las otras con los cuidados de remedar en usos y atavío á las señoras de copete, merendaba en el *Verdoso* ó en Pronillo, ó triscaba tan guapamente en el Reganche ó en los prados de San Roque, con variantes de paseo en los mercados del Muelle, cuando el tiempo no permitía lucir al aire libre los trapillos domingueros.

Quiero decir con todo esto y lo que me callo por no repetir lo que bien dicho tengo en no sé cuantos libros y ocasiones, que si entre los mareantes de acá el suceso de una regata, en los tiempos á que voy refiriéndome, causaba todavía las apuntadas impresiones, en la población terrestre también despertaba no poco interés,

particularmente si, como acontecía en este caso, era muy señalado el día; y la salsilla agregada por el Municipio daba al espectáculo cierta apariencia de *fiesta marítima*. Cada Cabildo tenía sus partidarios en la ciudad; y en lides de aquella naturaleza, bien recio demostraba sus inclinaciones cada partidario.

Ello fué que, aunque había romería en los prados de Miranda, y el sol calentaba bien, á las dos de la tarde ya estaba á pie firme la primera hilada de curiosos sobre la misma arista del Muelle, desde el Merlón inclusive, hasta cerca de la Capitanía del Puerto. Poco después se formó la segunda fila; y en seguida la tercera, y la cuarta, y la quinta, siempre empujando las de atrás á las precedentes y culebreando entre todas los muchachos, y nunca perdiendo su aplomo la primera, ni zambulléndose en la bahía un espectador. Cómo se obra este milagro, nadie lo sabe; pero el milagro es aquí un hecho á cada instante.

Detrás de las cortinas tendidas sobre las banderas de los balcones, comenzaban ya las damas á colocarse en apretados racimos, dando la preferencia las de casa á las invitadas de fuera. En el fondo, rostros barbudos. Después iban desapareciendo poco á poco las cortinas, y aparecían, en su lugar, sombrillas y paraguas de todos los imaginables colores; con lo cual,

cada balcón ofrecía el aspecto de una maceta enorme con flores colosales.

En el Muelle, entre la última fila de curiosos y las casas, buscando agujeros ó rendijas por donde colarse, la atolondrada familia de boticario de Villalón; explicando el intríngulis de la regata, que jamás han visto, á sus respectivas y emperifolladas esposas, el castizo harinero de Medina del Campo, ó el reseco magistrado de Valladolid; risoteando con su novio, la repullada sirvienta, y contoneándose los almiarados pollos, no tan encanijados como la *crema* de ahora, mientras lanzan pedazos de corazón á los balcones, con flechas de miradas mortecinas. De tarde en cuando, cohetes al aire desde el Círculo de Recreo y trasera de la Capitanía.

De pronto, la música de la Caridad resonando á lo lejos; después más cerca, y luego más cerca todavía... hasta que los menos torpes de oído pueden notar que viene tocando un pasodoble, con bríos muy intermitentes. Las masas se revuelven hacia la *escalerilla de los Bolados*, á poca distancia del Merlón, y por ella bajan los músicos imberbes; y después, de lancha en lancha, de bote en bote y como Dios y su agilidad les dan á entender, llegan á encaramarse en el puente de un quechemarín que tiene por bauprés una percha ensebada: la cucaña del Ayun-

tamiento. Y vuelta á soplar allí los pobres muchachos... Y más cohetes desde allí también.

Las lanchas y los botes que rodean al quechemarín y se prolongan en ancha faja hacia el norte y hacia el sur, con otras lanchas y otros botes que hay enfrente, llenos de gente también, forman espaciosa calle, á uno de cuyos extremos, el de la escalerilla, están fondeadas dos lanchas en una misma línea, paralela al Muelle; y al opuesto, otra que tiene á proa una bandera con los colores de la matrícula de Santander, tremolando en un corto listón de pino. Aquella bandera será la credencial del triunfo, cuando la coja la lancha que primero vuelva de la Peña de los Ratones, distante de ella tres millas al sur de la bahía.

Sopla una ligera brisa del nordeste; y aprovechándola, voltejean en el fondo de este animado y pintoresco cuadro los esquifes de lujo con todas sus lonas y perejiles al aire. No falta el *Céfiro*, regido diestramente por Andrés, á quien acompañan sus amigos; pero no Tolín, que está en el balcón de su casa, muy arrimado á la hija del comerciante don Silverio Trigueras. Á media distancia entre la lancha de la bandera del premio y el quechemarín de la percha ensebada, está, en primera fila, la barquilla de Mechelín con toda la gente de la bodega y algunos agregados, los más de ellos por

cuestión de amistad, y los menos para ayudar con el remo al veterano de Arriba. Pachuca con su saya nueva, y Sotileza hecha un espanto de buena moza, ocupan el lugar preferente; es decir, el centro de la banda que da al callejón despejado. Por una cruel disposición de la casualidad, la familia de Mocejón, puerca, regañona y solitaria, está en su roñosa barquía, dos botes más atrás que la de Mechelín.

De pronto se alza entre las gentes embarcadas y las de tierra un rumor que apaga los tristes jipidos de la música, y aparece como una exhalación, por el sur de la Monja y entre remolinos de espuma, una lancha blanca con cinta roja, cargada de remeros (ocho por banda), en pelo y con una ceñida camiseta blanca con rayas horizontales, por todo vestido de cintura arriba. Casi al mismo tiempo, y en rumbo contrario, aparece otra azul con faja blanca, por delante del Merlón, á rema ligera también y tripulada de idéntico modo. Ambas van gobernadas al remo por el patrón respectivo, de pie sobre el panel de popa.

Las dos se cruzan como dos centellas, enfrente de la escalerilla, entre el alegre vocerío de los tripulantes; y se deslizan y vuelan, y marcan sus rumbos de gaviota gallardas curvas de blanca y hervorosa estela. Cualquiera de las dos sería capaz de escribir así con la quilla el

nombre de su Cabildo. Después, la rema es despacio: picadas no más con la pala del remo... y vuelta á volar en seguida para quedarse de pronto con las alas tendidas al aire, meciéndose al blando vaivén de las aguas removidas. En estas evoluciones parecen corceles fogosos trabajados por sus jinetes para domar sus impacencias antes de entrar en la arena del torneo. Y algo hay de esto en los hermosos escarceos de las lanchas antes del regateo, puesto que lo hacen los remeros para *ir entrando en calor*. ¡Entrar en calor así! ¡Y con la mitad de ello tendría sobrado un forzudo ganapán para no menearse en cuatro días!

En fin, la marea está en su punto; suena la música otra vez; bajan á las dos lanchas de respeto inmediatas á la escalerilla, personas de ambos pelajes, es decir, el marino y el terrestre; entran de popa en el callejón las dos lanchas del regateo; atrácase cada una de ellas á otra de las del jurado; sujétanlas allí sendos jueces, llamados *señores de tierra*, mientras las tripulaciones se ponen en orden y se aperciben á la liza; hácese la convenida señal... ¡y allá va eso!

La del Cabildo de Arriba, es decir, la blanca, va por la derecha. Á la segunda *estropada*, está delante de la barquía de Mechelín; y entonces, entre el crujir de estrovos y toletes, re-

chinar de remos sobre las bozas, el murmullo del torbellino revuelto por las lanchas y el gritar de los remeros, sobresale la voz de Cleto, que rema á proa, lanzando al aire estas palabras resonantes:

—¡Por ti, Sotileza!

Y Sotileza le vió tender su fornido tronco hacia atrás, y, con la fuerza de sus brazos, arquear el grueso remo de palma, como si fuera un acero toledano.

Nada respondió la rozagante callealtera con los labios, porque la emoción sentida con el lance le embargaba el uso de la lengua; y algo hubiera dicho de muy buena gana, ya que no por Cleto solo, aunque no dejó de estimar su cortesía, por el pedazo de honra cabildera que en el empeño se jugaba; pero, en cambio, el viejo Mechelín, vuelto al calor de sus entusiasmos por el fuego de aquellas cosas, agitó la gorra dominguera en el aire, y gritó con la voz de sus mejores tiempos:

—¡Hurra por ti, valiente... y por todos los de allá arriba!

Y las dos lanchas pasan, como si misterioso huracán las impeliera; y rebasan en tres segundos de la bandera de honor que las saluda flameando; y las dos estelas se confunden en una sola; y las puntas de los remos enemigos se tocan algunas veces; y caen y se alzan las

palas de éstos sin cesar, y tan á tiempo, como si un solo brazo las moviera; y los troncos de los remeros se doblan y se yerguen con ritmo inalterado: de modo que hombres, remos y lancha, componen, á los ojos deslumbrados del espectador, un solo cuerpo regido por una sola voluntad.

Y así van alejándose, sin que el ojo más sutil pueda notar medio palmo de ventaja en ninguna de las dos. En ocasiones tales, suele decidir el resultado de la lucha una estratagemas; algo como zancadilla á tiempo; una atracada de sorpresa, por ejemplo, cuando no se puede cortar el rumbo, en buena ley, á la más animosa; pero en este caso se juega limpio y á cartas descubiertas.

Á medio camino, ya se las ve más apartadas entre sí, ganando espacio á la derecha, porque el descenso de la marea comenzará pronto, y hay que contar con la deriva que las apartaría del rumbo conveniente si ahora enfilaran la peña por la proa. Dos minutos después, la simple vista no puede apreciar la diferencia entre sus colores; y un poco más allá, son dos bultos descoloridos, casi informes, y apenas se distingue el aleteo de los remos sino por el centellear del sol en los chorros de líquidos cristales que al levantarse destilan de sus palas.

Al fin desaparece una lancha detrás del islote, y en seguida la otra... y vuelven ambas á aparecer por el este del peñasco, conservando la primera la misma ventaja que al ocultarse las dos. Pero ¿cuál de ellas es la que viene delante? Muchos espectadores dudan: los que miran con catalejos de atalaya ó con gemelos de teatro, sostienen que la callealtera; y, según sus dictámenes, su ventaja es tal, que tiene ya ganada la partida sólo con no aflojar en la rema, aunque la otra redoble sus esfuerzos.

Poco á poco van tomando forma los dos bultos y aumentando los tamaños y apreciándose movimientos y colores... Ya pueden los ojos más inexpertos medir la distancia que separa las dos lanchas; y cuando la callealtera está sobre el banco del Bergantín, tiene la azul á más de cable y medio por la popa.

Ninguna de ellas ceja, sin embargo, en sus esfuerzos: en ambas se boga con el mismo coraje que al principio. Ya que una sola haya de vencer, que se estime por los maestros los méritos de la menos afortunada.

La callealtera avanza como un rayo, y llega á la boca del ancho canal; y desde allí, con los remos en banda ya, regida por su diestro patrón, se atraca á la lancha de la bandera. Arrebátala Cleto de un tirón, entre los hurras y el palmoteo de la gente; y sin perder su arran-

da, la vencedora llega hasta la barquía de Mechelín; y allí Cleto, desencajado, reluciente de sudor, como todos sus camaradas, dice con su recia voz, trémula por el entusiasmo:

—¡Tómala tú, Sotileza!... ¡pa que la claves tú mesma con las tus manucas!

Y con aplauso de todos, compañeros y circunstantes, entrega la bandera, que en aquel momento era la honra del Cabildo de Arriba, á la hermosa callealtera, que la amarra con sus propias manos, como Cleto lo pedía, al pico del tajamar de la lancha triunfadora.—Muchos cohetes en el Círculo de Recreo y en la Capitanía, y muchos trompetazos y cohetes también en el quechemarín.

Mientras tía Sidora y su marido, locos de alegría, abrazan á Cleto, y también á Colo que se arrima allá para recibir los aplausos de Pachuca entusiasmada, se alza un coro de maldiciones en la barquía de Mocejón por la «desvergonzada» hazaña de su hijo, y llega hasta cerca de la boca del canal, para torcer el rumbo en seguida y desaparecer por detrás del Merlón, la lancha azul del Cabildo de Abajo.

La callealtera había recorrido seis millas en veinticinco minutos.

Cuando terminó esta primera parte de la fiesta, ya estaban sobre el puente del quechemarín, en cueros vivos, salvo la zona cubierta

por un pintoresco taparrabo, los contendientes de la cucaña.

Muerto era uno de ellos, y andaba dado á los demonios porque acababa de presenciar desde allí el episodio de la barquía cuando más le estaba requemando la derrota de la lancha de su Cabildo. Pensaba vengarse de Cleto ofreciendo á Sotileza la bandera de la cucaña.

Por verle las gentes asomar al palo, se oyó una exclamación de asombro avanzar en oleadas desde la muchedumbre del Muelle hasta la que circundaba al quechemarín. Parecía un bárbaro australiano, ó un salvaje de la Polinesia.

Á los dos pasos sobre la percha, se le fueron los pies; perdió el equilibrio, y cayó al agua dando tumbos y pernadas en el aire. Entonces se le tuvo por algo así como un chimpancé, derribado por una bala desde la copa de un árbol de los bosques vírgenes del África. Resoplando en el agua verdosa, buceando y revolviéndose en ella como si fuera su natural elemento, un ballenato pintiparado. Á todo se parecía menos á un hombre de raza europea. Y como él tomaba el bureo por aplauso á sus donaires, en cada tentativa de asalto á la cucaña hacía mayores barbaridades.

Desde las primeras, estaba Sotileza con grandes deseos de marcharse de allí; y como á tía

Sidora le pasaba lo mismo y á tío Mechelín no le divertían gran cosa, armáronse los remos de la barquía, y fué ésta poquito á poco hacia la calle Alta.

El lector y yo nos apartaremos también de aquel espectáculo que, con Muergos y sin ellos, cansa muy pronto á los más pacientes espectadores.

